

# Inequidad y violencia política: una precisión sobre las cuentas y los cuentos\*

FRANCISCO GUTIÉRREZ SANÍN

democracia

¿Se relacionan variables socioeconómicas como la desigualdad o la pobreza con la violencia política? Existe la sensación de que mientras que en la década de los ochenta la respuesta común era la afirmativa, ofreciendo como respaldo intuiciones sociológicas y evidencia cualitativa, en los noventa se pasó a una negación cada vez más enfática. Para apoyarla se introdujeron algunas herramientas cuantitativas que la naturaleza misma del fenómeno –de “grandes números”– estaba reclamando a gritos. Buena parte de los “estudios económicos sobre la violencia” coincide en señalar que la noción de que la desigualdad genera violencia es insostenible, idiosincráticamente colombiana y políticamente interesada. Se ha creado, al parecer, un acuerdo –esta vez por el no–, cuantitativamente alfabeto y menos dispuesto a encandilarse con tentaciones retóricas. Al parecer, nos encontramos ante un avance en el estado del arte en los estudios sobre la violencia.

¿Qué tan genuino es este avance? En la presente revisión bibliográfica, pretendo mostrar que en algunos sentidos es más

bien un retroceso. Ante todo, los mejores estudiosos del mundo cada vez más tienden a concluir que en efecto la correlación sí existe, aunque con varias cualificaciones que iré exponiendo en los siguientes acápite. En los últimos treinta años la idea ha estado rondando en varias de las revistas elite de las ciencias sociales en el mundo –*American Journal of Sociology*, *American Journal of Political Science*, *Journal of Conflict Resolution*, entre otras–, y la noción de que es provincialmente colombiana constituye en sí misma un provincialismo estridente. Intentaré explicar aquí la discrepancia entre los resultados de los trabajos cuantitativos nacionales y los internacionales.

El artículo procederá de la siguiente manera. En la primera sección, se plantean los términos del debate. Ante todo, se intenta precisar sobre qué se está hablando: en qué consiste la hipótesis de la relación entre desigualdad y violencia (que de ahora en adelante llamaré RDV). En seguida, se hace una revisión de los estudios cuantitativos publicados en los últimos años en las mejores revistas del mundo (de los que no he

Profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia.

(\*) El presente artículo se elaboró en el contexto de la investigación *Violencia y sistema político* cofinanciada por Colciencias.

podido encontrar “una sola cita” en nuestro medio). Es difícil sacar una conclusión diferente a la siguiente: convergen precisamente al polo opuesto al que aparentemente están convergiendo los trabajos nacionales. Son programas de investigación de décadas, que cuentan con un refinado aparato metodológico. No les haré justicia, limitándome a exponer las líneas generales de sus conclusiones y razonamientos e indicándole al lector interesado –o especializado– dónde puede encontrar los respectivos textos. En la segunda sección centro mi atención en el tema de la racionalidad. ¿Es compatible el enunciado de que hay una correlación entre desigualdad y violencia con el enfoque racionalista de que los eventos políticos deben ser explicados sobre microfundamentos que tengan en cuenta actores que realizan cálculos de costo-beneficio? También aquí hay un contraste entre la forma en que han abordado la pregunta las investigaciones internacionales y nuestras interpretaciones económicas de la violencia. En la tercera sección hago una crítica de la literatura cuantitativa nacional sobre RDV, contrastándola con los estudios internacionales. Quiero subrayar con el mayor énfasis que no se refiere en lo más mínimo a todos los trabajos cuantitativos que se han hecho en nuestro medio, algunos de los cuales son del mayor interés (véase, por ejemplo, Martínez, 2001). La crítica se centra únicamente en los trabajos que han intentado explícitamente falsificar RDV. En la cuarta, intento mostrar que, aunque RDV no es “todo” el aparato explicativo, ni nadie pretendió que lo fuera incluso en las versiones más ingenuas, casa muy bien con un dispositivo simple que muestra a Colombia como país con alta proclividad a la violencia política, debido a que se halla

en el área de intersección de al menos tres características de “alto riesgo”.

Éste es un artículo de divulgación. He sido laxo con la terminología, y uso como sinónimas expresiones que en un contexto técnico no lo son, para hacer más ágil la exposición. No incursiono en ningún detalle estadístico o analítico, dejando algunas pocas observaciones de tal carácter relegadas a sendas notas de pie de página. Aunque intenté dar un buen panorama de la literatura internacional, habrá con seguridad omisiones. Pero he buscado no incurrir en documentación selectiva. Con un par de excepciones, me he circunscrito en la revisión a libros muy importantes y a las que reconocidamente son las mejores revistas del mundo en estas materias (trabajos cuantitativos y formales sobre la violencia política). Esto me ha permitido reseñar algunos de los más notables trabajos y argumentos de cada tendencia, tanto la opuesta como la favorable a RDV. Creo que en todo caso son textos muy significativos, que ayudan a pensar el caso colombiano. El lector juzgará.

## LOS TÉRMINOS DE UN DEBATE

### *¿Sobre qué estamos discutiendo?*

Una revisión de la literatura social colombiana en la década de los ochenta, al menos si se centra en algunas de las publicaciones emblemáticas de nuestra violentología, tendría que llegar a una conclusión sorprendente: RDV concitó más bien poca atención. Como la caridad entra por casa, usaré como ejemplo al IEPRI. Daniel Pécaut (1998), en su cuidadosa revisión de los artículos publicados sobre violencia en *Análisis Político* ni siquiera nombra a RDV como una hipótesis significativa<sup>1</sup>. Varios textos tempranos sobre la guerrilla y la lucha no la nombraban (Pizarro, 1991 y 1989);

<sup>(1)</sup> Hecho en que le asiste toda la razón. Lamenta, una vez más con razón, que el interés de la revista en la violencia ostensiblemente esté disminuyendo aunque “el tema... no está próximo a perder importancia en Colombia”. La “lista aproximada” de los aspectos relevantes es la siguiente: estudios sobre el periodo 1930-1950; relaciones entre el sistema político, el Estado y la violencia; entre el universo jurídico y ético y la violencia; entre conflictos sociales y violencia; análisis de los protagonistas de la violencia; y, en fin, estrategias gubernamentales. RDV no aparece.

tampoco es posible encontrar libros dedicados a explicarla o defenderla. Una breve escaramuza entre Pécaut y Pizarro llevó a un abandono sorprendentemente rápido de RDV. La hipótesis desempeñó en términos generales más bien un papel de explicación auxiliar, tanto en textos de coyuntura como en monografías regionales (algunas de gran calidad; véase, Bejarano, 1988). Más que sobre RDV hay material acerca de una vía de inferencia que va precisamente en la dirección contraria: los impactos de la violencia sobre las estructuras socioeconómicas (Sánchez y Meertens, 1989), un tema que por desgracia parece haber desaparecido del mapa de las preocupaciones académicas pese a su creciente importancia. Sin duda, el esfuerzo explicativo estaba centrado en el carácter excluyente del sistema (político, socioeconómico o ambos), que inspiró numerosos trabajos<sup>2</sup>. Cinco minutos de reflexión convencerán al lector de que la hipótesis de la exclusión y RDV *no* son equivalentes (puede haber altos niveles de exclusión política junto con índices de equidad muy buenos, como en los regímenes socialistas de Europa Central y Oriental en la década del sesenta; la vía inversa, alta inclusión pero mucha desigualdad, ya no es tan directa).

Así, pues, RDV sirvió más como sentido común de académicos, columnistas y algunos tomadores de decisiones que como programa de investigación. Era una convicción implícita que se invocaba típicamente para completar el aparato explicativo; si se quiere, una suerte de "caldo de cultivo" intelectual. Si es necesario embrollar esta aseveración con un poco de jerga, diría que ya desde 1987-1988 la mejor violentología colombiana era historicista-culturalista, y sólo marginalmente estructuralista. La noción central de este "estructuralismo marginal" se puede enunciar de una manera

muy llana: el hecho de que Colombia sea un país con altos niveles de desigualdad (correlativamente, pobreza) la hace más proclive a la violencia política.

Ahora bien, esta aseveración parece a primera vista eminentemente razonable. Se cruza, sin lugar a dudas, con el núcleo duro del pensamiento político clásico, como lo puede comprobar el lector consultando directamente las fuentes o leyendo una obra maravillosa de Hirschman (1977) que, aunque dedicada a otro tema, ronda continuamente por los lados de RDV. Aparte de ello, ofrece unos microfundamentos a la explicación de la violencia: la injusticia (o, en la otra dirección, la igualdad, como en el famoso aforismo de Tocqueville) es fuente continua de motivaciones para la acción. Es decir, no necesariamente invisibiliza a los individuos. No extraña que RDV aparezca frecuentemente en la literatura especializada (también en aquella influida por la economía política) para explicar las diferencias entre los regímenes de los países en donde hay más y menos desigualdad:

La principal diferencia entre las democracias de América Latina y las del Norte con respecto de las consecuencias de las fuerzas del mercado es que en buena parte de América Latina aquellas estimulan la desigualdad extrema y dejan amplias porciones de la población casi completamente al margen de las ganancias del crecimiento, mientras que en el Norte han sido generalmente consistentes con al menos niveles estables de inequidad y con ingresos crecientes para prácticamente todo el mundo. Si un sistema económico ofrece ganancias a la mayoría de la población, tiene una alta probabilidad de ser protegido por todas las partes en un sistema político con elecciones libres. Si concentra las ganancias en una minoría, entonces o la mayoría debe ser mantenida en la ignorancia de qué está sucediendo o, si se percibe de ello, el sistema será destruido (Sheehanan, 1988: 184).

(2) Para una muestra de esa producción, véase Ramírez, *Estado, violencia y democracia*, Pécaut, *Orden y violencia: Colombia 1930 - 1954*. Estoy convencido de que la situación era similar en muchos otros centros académicos. A propósito de Pécaut, cuya influencia en nuestra violentología ha sido muy grande, hay que recordar que ha criticado varias veces las versiones más vulnerables de RDV.



El párrafo anterior permite establecer de manera más precisa los términos de la discusión. Divídanse a los países en dos o tres (o *n*) categorías según su nivel de inequidad. RDV establece que en las categorías más inequitativas habrá tendencialmente menos lealtad y por tanto más inestabilidad del régimen, lo cual genera violencia política. La línea de inferencia en la perspectiva de Sheehan (y se verá que es un planteamiento más o menos estándar) procede así:

Inequidad → Pérdida de lealtad → Desestabilización de la democracia → Violencia política

Estamos hablando de países o de regímenes, de desigualdad y de violencia "política". Cualquier evaluación o falsificación debe darse en esos mismos términos; de lo contrario, está planteando simple y llanamente otro debate. Nótese que RDV no implica que la causa inmediata de toda insurrección sea la desigualdad, ni que la base social de los insurgentes sean los pobres, ni que la violencia se produzca en las regiones o municipios más deprimidos, ni que las rebeliones siempre son justas; está planteando una correlación nacional entre variables socioeconómicas y violencia, mediada por el régimen político. No más, no menos.

Ahora bien: lo que suena razonable no siempre es cierto. A veces es estridentemente falso. ¿Qué tan sólida es RDV? ¿Hay estudios cuantitativos sobre el tema? ¿Qué nos dicen?

### **La literatura internacional**

Los numerosos estudios cuantitativos sobre RDV han tenido desde la década de los sesenta dos fuentes principales de inspiración: la sociología de la deprivación relativa, de Ted Gurr, y (posteriormente)

la política comparada. A propósito de la primera, sirve para aclarar uno de los malentendidos básicos que han hecho carrera en nuestro medio. Gurr y sus discípulos fueron atacados acaloradamente por los marxistas, quienes consideraban que sus teorías eran conservadoras y funcionalistas. La noción de que aceptar RDV tiene una traducción política directa – justificar implícitamente a la guerrilla, digamos – es insostenible. Para poner otro ejemplo entre los muchos posibles, el estudioso que más ha hecho en los últimos veinte años por probar la validez de RDV, Edward Muller, publicó recientemente en coautoría un vibrante trabajo analítico dirigido a demostrar el carácter estéril y destructivo de las revoluciones en el siglo XX (Weede y Muller, 1997).

Aunque la teoría de la deprivación relativa sigue siendo uno de los grandes referentes de la literatura, la gran ruptura metodológica provino de la segunda fuente de inspiración – los estudios en política comparada – con el trabajo clásico de Powell (1982). Powell construyó una base de datos de 29 países, con el fin de establecer cuáles son las causales de la violencia y la (in)estabilidad en las democracias contemporáneas. Usó un sencillo pero poderoso modelo multivariado. La conclusión del libro pionero de Powell es que, aunque hay alguna correlación entre desigualdad, por un lado, y violencia<sup>3</sup> e inestabilidad por el otro, su nivel de significación es mínimo. Tiene mucha menos importancia que variables como tamaño del país y diversidad étnica, para sólo nombrar dos de las verdaderamente significativas. Hay que aclarar que Powell llegó a esta conclusión después de controlar por nivel relativo de desarrollo<sup>4</sup>. Es decir, buena parte del peso de la inequidad en el modelo se

(3) Midiendo violencia por la tasa de homicidios por 100 mil habitantes. Algunos investigadores han sugerido no usar tasas sino el logaritmo de las cifras absolutas.

(4) En palabras de Powell: "Los países menos equitativos fueron más violentos, en una comparación descriptiva. Pero las relaciones se tornan insignificantes una vez se controla por población y, sobre todo, por nivel de desarrollo económico. Es obvio que la desigualdad es un problema de primera importancia en algunas democracias. Pero a través de todo el conjunto de sistemas democráticos, las diferencias en distribución de ingresos no son significativas, una vez se controla por las variables de contexto" *"Contemporary Democracies. Participation, Stability and Violence"*, p. 53.



debía a otro factor, nivel de desarrollo, de suerte que en realidad había, como en la cita de Sheehanan de la sección anterior, dos categorías de países. En la primera (Norte), están asociados desarrollo (la verdadera variable independiente)–equidad–estabilidad. En la segunda (por ejemplo, países de América Latina) nos encontramos con una asociación simétricamente inversa. El resultado es muy consistente, tanto internamente como con lo que nos dicen otros estudios: una de las pocas conclusiones aparentemente inamovibles de la ciencia política mundial es que desarrollo discrimina a la vez equidad y estabilidad democrática, al menos durante la segunda posguerra.

A conclusiones contrarias a las de Powell ha llegado Muller, posiblemente el más notable investigador del mundo en el tema. Basándose en intuiciones teóricas que tienen una deuda mayor con Lipset que con la deprivación relativa, en un conocimiento detallado de la literatura histórica sobre la caída y desagregación de las democracias y en un refinado aparato cuantitativo, ha defendido RDV con extraordinaria fuerza a lo largo de varios lustros. No tengo nada mejor que citar su programa de investigación, un importante ejemplo y un resumen grueso de sus resultados:

a) *Programa de investigación*. “La hipótesis de que la inequidad de ingresos (*income inequality*) tiene un impacto negativo a lo largo del tiempo sobre el nivel de democracia de un país está apoyada en la proposición teórica de que la desigualdad extrema genera un conflicto de clase intenso e irreconciliable, esto es, incompatible con una democracia estable”.

b) *Ejemplo*. “Entre los Estados económicamente avanzados de la Europa anterior a la Segunda Guerra Mundial, la destrucción (*breakdown*) de las democracias ocurrió en aquellos países con sistemas de tenencia de tierra inequitativos,

de “terrateniente y campesino”, en los cuales una clase terrateniente con un fuerte interés material en el gobierno autoritario se oponía a los esfuerzos de las clases subordinadas para redistribuir la propiedad y el ingreso a través del proceso electoral. El exhaustivo análisis histórico comparativo de Stephens demuestra el papel crítico jugado por la desigualdad agraria como determinante de la estabilidad de las democracias europeas”.

c) *Resultados*. “La asociación bivariada entre la desigualdad de un país y la estabilidad de la democracia durante el periodo de veinte años entre 1961 y 1980 es fuerte. Entre treinta y tres democracias con datos sobre distribución del ingreso, ocho de las diez democracias en las que el 20% más acomodado obtenía más de 50% del ingreso experimentaron la destrucción de la democracia, mientras que sólo una de las veintitres democracias en las que el 20% más rico obtenía menos de 50% del ingreso sufrió de inestabilidad. Por tanto, la tasa de mortalidad de la democracia, dada una alta desigualdad del ingreso, fue de 80%; mientras que para los países con baja desigualdad fue de 4%”. (Las citas de los anteriores tres párrafos se encuentran en Muller, 1995:990).

Suena, y es, contundente. Pero, ¿qué tiene que ver con la violencia política? Primero, y creo que no se insistirá nunca lo suficiente en el punto, democracia y violencia están inversamente relacionados. Con la descomposición de la democracia, los países quedan sometidos a escoger entre orden, en su versión más restrictiva, y anarquía<sup>5</sup>. Ninguna de las opciones es particularmente atractiva. En este terreno, la experiencia histórica parece terminante: las democracias tienen sin duda sus Gulags, pero los autócratas matan mucho más<sup>6</sup>. Los países con regímenes democráticos, como el propio Rummel explica, cometen asesinatos masivos allí donde no están limitados por libertades básicas y una opinión pública vigilante; por ejemplo,

<sup>(5)</sup> He formulado a propósito la alternativa en términos de una dualidad que desempeñó un papel muy importante en nuestra historia.

<sup>(6)</sup> Véase la página web de Rudolph J. Rummel: <http://www.hawaii.edu/powerkills/welcome.html>

Francia o Estados Unidos en el sudeste asiático. Pero en casa se portan mucho mejor. La anarquía, causada valga por caso por una confrontación civil y la creación de dominios territoriales por parte de señores de la guerra, tampoco es muy alentadora. Krain ha mostrado, usando modelos *logit*, que “el involucramiento en una guerra civil es el predictor más consistente de genocidios y politocidios, aunque otras variables relacionadas con la estructura de oportunidad política ejercen algún efecto” (Krain, 1997:331). No tiene nada de raro, pues, que Muller y asociados hayan encontrado que “la desigualdad de ingreso está significativamente asociada con la violencia política en todo el mundo, y correlacionada negativamente y de manera bastante fuerte con la estabilidad en los países democráticos” (Muller, Seligson, Hun der Fu, 1989). Segundo, y vinculado con lo anterior, es difícil que la democracia pueda sostenerse en un entorno de alta conflictividad, relativa deslealtad y apatía frente a las instituciones (todos los cuales estarían relacionados con la desigualdad, si se da crédito al razonamiento de Muller). Numerosos estudios de caso, así como trabajos formales, han enfatizado en la fragilidad de los regímenes democráticos ante altos niveles de polarización<sup>7</sup>.

La divergencia de resultados entre Powell y Muller y asociados se debe entre otras cosas a bases de datos y métodos ligeramente diferentes. Esto plantea dos preguntas: ¿Quién finalmente tiene la razón? y ¿son robustos los estudios estadísticos, dado que con algunos cambios pequeños del modelo llegan a

conclusiones muy distintas? Me centraré en la primera<sup>8</sup>. Para contestarla, Krain realizó un estupendo ejercicio. Retomando exactamente la misma base de datos del libro clásico de Powell, reprodujo el análisis multivariado que éste había realizado, pero con instrumentos ajustados al estado del arte de 1998. En particular, utilizó modelos de conteo de eventos que se basan en estimadores de máxima verosimilitud, según una técnica desarrollada por Gary King en 1989 precisamente para estudiar fenómenos como los homicidios políticos, entre otros<sup>9</sup>. Es decir, Krain simplemente replicó el trabajo de Powell, pero introduciendo mejoras técnicas. El resultado es que la desigualdad de ingresos “es extremadamente significativa ( $p < 0.01$ ) en aumentar la probabilidad de muertes por violencia política... Estos poderosos efectos directos e indirectos exhibidos por la desigualdad de ingresos agregan fuerza al argumento de que la desigualdad de ingresos es un factor desestabilizador en muchas sociedades (incluidas las democracias) y puede incrementar la violencia. Esta sutil relación dual hubiera pasado inadvertida, sin embargo, si hubiéramos usado apenas los modelos de regresión lineal ordinaria de Powell” (Krain, 1998:159).

Por su parte, Schock (1996), en un artículo igualmente notable, se propuso examinar sistemáticamente “el efecto moderador del contexto político en la relación entre desigualdad económica y conflicto político”. Es decir, quería ver si, para cada tipo de régimen –en particular, diferenciando por niveles de representatividad–, RDV tenía un efecto significativo.

<sup>(7)</sup> Véase por ejemplo Downs, *An Economic Theory of Democracy*, para nombrar sólo uno de los textos fundacionales en ciencia política que se refieren al tema.

<sup>(8)</sup> La segunda tiene un carácter estrictamente estadístico, y por tanto no tiene cabida en un artículo de divulgación como éste. Muller la atendió con sus asociados en Dixon, Muller, Seligson, “Response”, *American Political Science Review*, Vol. 87, No. 4, mostrando la robustez de sus resultados. Que sepa, no ha sido refutado. A propósito, esta clase de debates metodológicos –que sin embargo son fundamentales– no aparecen todavía en nuestro medio. Los modelos se siguen considerando “cajas negras” que producen automáticamente “la verdad”.

<sup>(9)</sup> Véase también King, *Unifying Political Methodology*. El artículo de Krain tiene una buena y sencilla explicación de en qué consisten los avances de King y por qué son relevantes. Cada vez más estudios cuantitativos en ciencia política están siguiendo la recomendación de King y abandonando la regresión ordinaria por mínimos cuadrados en favor de modelos con estimadores de máxima verosimilitud.

Schock veía la necesidad de hacer esto porque, aunque encontraba a RDV eminentemente plausible, los intentos de demostrarla empíricamente no le parecían concluyentes<sup>10</sup>. A la vez, algunas variables políticas sí que habían pasado la prueba ácida de la investigación comparada. "El conflicto político violento debería ser más común ahí donde los regímenes son parcialmente democráticos, o semi-represivos. Estos regímenes no son lo suficientemente represivos como para inhibir la acción colectiva pero no son lo suficientemente abiertos como para proveer canales efectivos y pacíficos de participación política. La investigación comparada (*cross national research*) ha confirmado una relación de "U" invertida entre la represividad del régimen y la violencia política masiva, teniendo los regímenes semi-represivos niveles más altos de violencia política" (Schock, 1996:105). Otra variable clave es la debilidad del Estado. Pues bien: controlando por niveles de represividad, Schock encontró que RDV era altamente significativa. A partir de ahí, llega a la siguiente, y fundamental, conclusión: "En el largo plazo, las democracias no sobreviven si no están en capacidad de corregir una situación de desigualdad severa" (Schock, 1996:128).

#### Un debate abierto

No quiero sugerir en lo más mínimo que los artículos que he reseñado han clausurado el debate. Por un lado, hay una discusión teórica todavía en curso, a la que me referiré en la sección siguiente. Por otro, hay hipótesis que compiten con RDV, y que agruparía en dos categorías:

a) Aunque Muller piensa en general en la inequidad, toma a la desigualdad de ingresos como índice de la variable independiente (homicidios políticos como el de la dependiente<sup>11</sup>). Nótese que en la cita que se transcribió, invocaba en su apoyo los efectos desestabilizadores de la desigualdad agraria. Pero es posible que si diferenciamos entre tipos de inequidad, no sea la de ingresos la más relevante. Es decir, habría que remplazar el índice. Las principales alternativas son:

- Inversión extranjera, teniendo como uno de sus principales efectos aumentar radicalmente la desigualdad entre los trabajadores. "Vistos en su conjunto, nuestros resultados conducen a la conclusión de que es la penetración de las corporaciones multinacionales, y no la desigualdad de ingresos, la que da cuenta directamente de los altos niveles de violencia política colectiva experimentados por algunas naciones<sup>12</sup>" (London y Robinson, 1989).

- Desigualdad en la propiedad de la tierra y "desigualdad pautada" (*patterned inequality*). El argumento de Midlarsky (1989) contra Muller (1989) es particularmente interesante: no es la desigualdad en sí, sino la previsible, la que genera inestabilidad, puesto que crea desesperanza y "no futuro". Analizando la propiedad de la tierra de algunos países centroamericanos con nuevos instrumentos matemáticos, Midlarsky trata de demostrar que esta modalidad, y no la de ingresos, es el mejor predictor de la turbulencia y la rebelión.

b) Brockett (1992) criticó severamente a Muller por usar bases de datos que contienen errores –en particular subregistro de homicidios–, y por otra parte, por usar técnicas que podrían no ser robustas<sup>13</sup>. Proponiendo un modelo alternativo de conteo de eventos, Brockett desarrolló el concepto de "po-

<sup>(10)</sup> Recuérdese que el texto de Schock precede en dos años al de Krain. Hasta el momento, no conozco refutaciones a ninguno de ellos.

<sup>(11)</sup> Esto, claro, es una simplificación, porque todos estos autores hacen análisis multivariado.

<sup>(12)</sup> Me parece interesante subrayar que algunas figuras del Frente Nacional tenían esta intuición básica (que "demasiada" inversión extranjera podía conducir a tumultos sociales): Alberto y Carlos Lleras, por ejemplo.

<sup>(13)</sup> La respuesta se encuentra en Dixon, Muller y Seligson, *op. cit.*, que enfrentan los dos reparos de Brockett de la siguiente manera. Por una parte, en sus bases de datos cuando la tasa de homicidios por 100 mil habitantes es muy alta la truncan (poniendo digamos una cota superior de 50), pero como los subconteos son más probables en los países más violentos, el truncamiento en esencia resuelve el problema. Por otra parte, muestran que en su caso los resultados de regresión por mínimos cuadrados y el uso de estimadores de máxima verosimilitud convergen.



breza ilegítima" (*blamable poverty*) como predictor de la violencia política.

Antes de seguir adelante, vale la pena hacer una breve síntesis. La pregunta por RDV es una de las más importantes en ciencias sociales en el mundo; ha tenido inspiración en diversas fuentes teóricas y ha producido trabajos cuantitativos de gran calidad. En la década de los ochenta, los resultados no parecían concluyentes, entre otras cosas porque la desigualdad podría co-ocurrir con bajo nivel de desarrollo y por tanto no ser en realidad una variable independiente. En el resumen que hacen Dudley y Miller (1998) de la literatura de los setenta y ochenta: "Sin embargo, la evidencia a favor de un efecto de la desigualdad en la violencia política interna es mezclada. Los estudios de Sigelman y Simpson (1977), Muller (1985), Muller y Seligson (1987), Boswell y Dixon (1990) y Schock (1996) reportan una relación positiva y significativa entre desigualdad de ingresos. De otro lado, Hardy (1979) y Weede (1981, 1987) concluyen que la relación entre desigualdad de ingresos y violencia política "desaparece una vez se introduce un control por nivel de desarrollo económico"<sup>14</sup>. Sin embargo, en la década del noventa, el panorama se ha ido aclarando, y con algunos trabajos de gran factura (debidos a Muller, Schock y Krain, entre otros), parece establecido que RDV no sólo es correcta sino muy significativa, sobre todo si se toma como variable mediadora la naturaleza del régimen político. Esto no quiere decir que el debate haya terminado. Debo notar, sin embargo, que "empíricamente" las perspectivas que compiten con los hallazgos de Muller se relacionan con la naturaleza de la desigualdad o de la pobreza (el índice y el concepto correlativo) que constituirían la variable independiente, o con la existencia de una variable de control (típicamente, nivel de desarrollo), no con la idea de que no hay ninguna relación entre variables socioeconómicas y violencia política.

Donde sí hay todavía mucho por espulgar es en el nivel teórico y en la naturaleza de la explicación.

## ¿SE REBELAN LOS ACTORES RACIONALES?

### *Dos programas competitivos*

El problema de las explicaciones basadas en la estructura socioeconómica es que pueden invisibilizar a los agentes, a los procesos de decisión, a todo aquello que tiene la sociedad de no determinístico, de orden emergente, de resultado de la interacción estratégica. Con la propagación de la teoría de la decisión racional al estudio de muchos problemas sociales, entre ellos el de la violencia y la criminalidad, el estrecho determinismo de la teoría de la privación relativa quedó al descubierto. La base material y los estados mentales son apenas una parte de la explicación del conflicto; ésta debe pasar por decisiones e interacciones de individuos con objetivos. Otros autores, no muy simpatizantes del punto de vista racionalista, han insistido sin embargo en la autonomía de lo político y en la importancia explicativa de las "estructuras de oportunidad" que se abren a medida que los actores, a veces inconscientemente, van alterando las condiciones del juego (McAdams, Tilly y Tarrow, 2000). Una y otra perspectiva abren preguntas de doble vía. De un lado, ¿el nuevo y más dinámico paradigma interactivo se porta bien cuando es confrontado con la investigación empírica? (No siempre las teorías atractivas son válidas). De otro, ¿las investigaciones que validan RDV no estarán siendo falsificadas por los avances teóricos?

En una revisión de lo que se había hecho alrededor de RDV hasta el momento, Lichbach intentó debatir ambos problemas. Lo hizo desde un punto de vista estrictamente racionalista. Lichbach (1989:470) llegó finalmente

<sup>(14)</sup> El subrayado es mío. Nótese que los autores no citan artículos relevantes de los noventa en contra de RDV.

a la siguiente pesimista conclusión sobre los estudios cuantitativos comparados:

En cuanto al conflicto, los teóricos de talla creen, sin excepción, que la desigualdad económica es, por lo menos, una causa potencial de disenso... Sin embargo, ni uno solo de los rompecabezas ha sido solucionado hasta el momento... El rompecabezas del conflicto parece en la actualidad tan imposible de resolver por medio de estudios cuantitativos como lo fue por medio de estudios de caso a los que aquellos trataron de remplazar. Si los estudios cuantitativos han de hacer la tarea que los estudios de caso no pudieron realizar, entonces cambios significativos deben ocurrir en este campo de estudios.

Nótese que la crítica iba dirigida no sólo a RDV, sino en general a los estudios cuantitativos sobre el conflicto y la violencia política. Esto no tiene nada de sorprendente, ya que ha habido una permanente tensión entre el instrumental estadístico de la investigación empírica –con su énfasis en variables, correlaciones, grupos– y la teoría de la decisión racional, cuyo programa consiste en encontrar los microfundamentos de fenómenos complejos desde una metodología individualista. Obviamente no estoy hablando de una contradicción absoluta, sino de una tensión dinámica, cuya resolución sin embargo, debe subrayarse, no es fácil. Por eso, sigue siendo notable “el poco impacto [de la teoría de la decisión racional] en la investigación social empírica en general y en el macro-análisis de datos (*large scale analysis*) en particular” (Blossfield y Prein, 1998:3). Este problema no ha sido advertido en nuestro medio, puesto que aquí sigue prevaleciendo la trivializante dicotomía cuantitativo-cualitativo, como dos áreas claramente separadas y sin contradicciones internas. Como resultado, algunos de nuestros trabajos cuantitativos se declaran automáticamente racionalistas.

Señalaré más adelante que *no* lo son.

Ahora bien, las razones para el pesimismo de Lichbach ya no están vigentes. Primero, las teorías mismas han cambiado. Mientras que en su artículo Lichbach establecía que en realidad RDV sería una refutación a la teoría de la decisión racional, este claramente no es el caso<sup>15</sup>. Más aún, los esfuerzos más recientes por adaptar ésta a contextos sociales humanos no económicos han permitido incorporar a la explicación narrativa histórica, estructura y cultura (Bates y asociados, 1998). Segundo, RDV se refinó y cada vez más fue capaz de introducir aspectos del régimen político como “variable mediadora” (Schock), así que desigualdad y naturaleza del régimen, más que variables competitivas se han vuelto complementarias. Por eso cuantitativistas más cercanos a la visión de “estructuras de oportunidad”, como Krain, han podido llegar a aceptar RDV sin desdecirse de sus anteriores trabajos. Tercero, las conclusiones contradictorias –a favor o en contra de RDV– que con razón tanto mortificaban a Lichbach han ido desapareciendo. El panorama se aclara; los resultados comienzan a converger.

. De nuevo, todavía hay muchos puntos sin aclarar. Particularmente fuerte me parece la observación crítica que dirige Brockett a Muller: RDV explica bastante bien la descomposición de las democracias, pero no nos cuenta por qué en condiciones de inequidad que incluso pueden haberse vuelto peores –por la acción misma de las dictaduras– se producen oleadas de restauración democrática. Me parece claro que cualquier respuesta que se intente dar pasa por los actores sociales y, en ese sentido, la teoría de la decisión racional puede desempeñar un papel importante: ayudar a entender por qué la gente se rebela.

(15) Por ejemplo, Krain, “Contemporary Democracies revisited. Democracy, Political Violence and Event Count Models”, en *Comparative Political Studies*, Vol. 31, No. 2, encuentra “simultáneamente” evidencia a favor de RDV y de teorías racionalistas.

El tema, desgraciadamente, no ha suscitado entre nosotros el menor esfuerzo de respuesta seria. ¿Qué motiva a un individuo a entrar a las FARC, al ELN o a las AUC? ¿Qué incentivos selectivos ofrecen esas organizaciones para sus miembros? ¿Cuáles son los costos de estar allí? ¿Son idénticos para uno y otro grupo los incentivos y los costos? ¿Y cuál es la respuesta racional de las bases sociales, de los no miembros que viven en territorios dominados por alguna de esas organizaciones? De hecho: ¿Podemos, en condiciones de terror extremo, hablar de racionalidad? No considero que la última pregunta sea retórica, esto es, que se conteste automáticamente con sólo enunciarla. Pero tampoco podemos pasar por encima de ella.

Algunos de nuestros estudios cuantitativos han querido cubrirse con una pátina racionalista, ya que quizás la consideran sumamente "objetiva", poniendo al descubierto la incompreensión tanto de los problemas empíricos que tienen al frente, como de la teoría misma. La inspiración directa de este intento son los modelos criminalísticos de Becker. Ahora bien, independientemente de lo que se opine del trabajo de Becker<sup>16</sup>, se trata de una mente de primera clase. ¿Cómo procede Becker? Intenta una cuidadosa evaluación formal –esto es, abstracta– de en qué consiste la función de utilidad de los criminales –su forma de calcular beneficios y costos<sup>17</sup>–, la de la sociedad y la forma en que interactúan. Después llega a conclusiones sobre cómo, en ese mundo abstracto, debería la sociedad comportarse para desestimular a los potenciales criminales, infligiéndoles el máximo daño. Este método no ha sido

adoptado aquí. Ilustro la diferencia con dos ejemplos. Montenegro y Posada parten del hecho de que los criminales matan porque obtienen beneficios sin cargar con los costos del castigo. Una paráfrasis de los supuestos de Becker, pero incorrectamente aplicada. Estamos hablando de unos criminales específicos: ¿Cuál es el beneficio de asesinar? No nos lo cuentan. ¿Hay que contar con una suerte de pulsión homicida, de tal suerte que causarle daño a otro produce placer en sí? Esto nos acerca mucho más a Lombroso que a Becker. Si se va a construir un modelo racionalista sobre el homicidio en Colombia –y más aún, si se trata del político– se necesitan unos mínimos supuestos sobre las motivaciones. Ese vacío lo trata de llenar Rubio, mi segundo ejemplo, pero el resultado es increíblemente crudo. Rubio propone una supuesta "ley universal": la gente quiere ganar más plata. A partir de ahí concluye que los integrantes de las FARC están ahí por dinero. Claro, el dinero cuenta, aunque no todos los enrolados tienen sueldo. Pero, ¿y los costos? Quien entra a las FARC abandona la familia, pone en riesgo su vida, se somete a una disciplina brutal y arbitraria. Y tiene que someter a otros, incluidos sus más cercanos amigos, cosa que a mucha gente no le hace la menor gracia. A la orden del superior jerárquico tiene que dejar a su pareja, y trasladarse a otra región del país; casi nunca puede ver a sus hijos. Y si quiere abandonar la organización, se encontrará en serios problemas. Es un compromiso de por vida. Nada de esto entra en los cálculos de Rubio. Este modelo sin costos poco tiene que ver con la teoría de la decisión racional (y en cambio parece una producción de la oficina de reclutamiento de las FARC: "Enríquécete y goza").

<sup>(16)</sup> Elster alguna vez comentó que Becker era una excelente ilustración del aforismo de William Blake: "Uno sólo sabe cuándo es suficiente cuando es más que suficiente". Creo que tiene razón.

<sup>(17)</sup> El punto de partida de Becker es que los criminales son racionales, es decir, maximizadores de "alguna" función de utilidad, no necesariamente "materialistas estrechos". Esta observación crucial es frecuentemente olvidada. Véase el ya clásico Becker, "Nobel Lecture: The Economic Way of Looking at Behavior", *The Journal of Political Economy*, Vol. 101, No. 3, especialmente pp. 390 y ss.



Paralelamente a las construcciones de Becker, se ha desarrollado una potente literatura intentado precisamente responder a esa pregunta tan absolutamente fundamental para nosotros: ¿Por qué la gente se rebela? Comenzando con el clásico de Mancur Olson, diversos autores han intentado ofrecer una respuesta racionalista al problema de la rebelión, la insurgencia y la revolución<sup>18</sup>. En esos artículos hay preguntas importantes, métodos para tratar de producir respuestas adecuadas, formulaciones teóricas de gran significación. Pero, una vez más, no se encuentra una sola cita de ellos en nuestra literatura; el único referente es el modelo criminalístico de Becker. Es un producto de achatar el problema, olvidándose de la vital dimensión del homicidio político. Eso me lleva a temas más específicamente colombianos de los que he venido discutiendo.

## TEMAS COLOMBIANOS

### ¿Avance o retroceso?

Hay ya varios estudios cuantitativos sobre la violencia en Colombia; algunos son extraordinariamente valiosos. Me centraré en los relacionados con RDV y, en particular, en los intentos de falsificarla. No quiero ser injusto con trabajos pioneros, algunos de los cuales además han producido efectos laterales benéficos. Con todo, contienen tal cantidad de errores tan sustanciales que es lícito preguntarse si en el área específica bajo consideración –la validez o no de RDV– constituyen un avance o un retroceso. Paso a enumerar los problemas –repito, muy muy básicos– en los que incurre este corpus de textos [para discusiones algo más detalladas de estos problemas, véase Gutiérrez (1999a) y (1999b)]:

a) Intentan inventar la rueda. Simplemente, desconocen la literatura internacional publicada desde los sesenta hasta hoy en revistas de primera fila;

una literatura de fácil acceso, debatida en detalle y con permanente presentación de resultados de investigación que son punto de referencia para el estudioso, pero a la vez comprensibles en sus líneas generales para el lego culto. El libro de Powell es de conocimiento obligado más o menos para cualquier buen estudiante de ciencia política, y para un especialista hacer marcos teóricos gigantes sobre lo divino y lo humano sin nombrar siquiera a Muller, Powell, Lichbach o Gurr (como en Gaitán, 1995) es una inadvertencia imperdonable. Casi diez años perdidos reinventando la rueda son una experiencia verdaderamente penosa, que obliga a volver una y otra vez sobre la necesidad de salir de la provincia y de exigir un nivel de familiaridad mínimo con los debates internacionales de punta.

b) Como consecuencia directa de lo anterior, hay también un retraso tecnológico considerable. Para poner un ejemplo, los modelos de conteo de eventos están en circulación en el mercado de las ideas desde 1989, pero aquí nadie se ha dado por enterado. Correlativamente con el retraso técnico, hay una saturación –diría exasperación– política, que a menudo no ha dejado pensar con claridad.

c) No se han precisado los términos del debate, ni la tesis que se pretende falsificar. Por ejemplo, hay un abismo entre usar tasas de homicidios por 100 mil habitantes y tasas de *homicidios políticos*. A propósito, las intuiciones de los tomadores de decisiones en los últimos treinta años, también se referían exactamente a eso: “Las causas objetivas de la subversión”. Al buscar invalidar el papel de las “causas objetivas de *toda* la violencia”, simplemente se está hablando de otra cosa.

d) Tienen con frecuencia, no siempre, un penoso sesgo antiteórico. Por ejemplo, en un influyente artículo, Montenegro y Posada (1995) plantearon que, dado que el tema tenía una honda repercusión en las políticas públicas, había que sacarlo de las –peyorativamente llamadas “teorías holísticas”– y operacionalizarlo de la

<sup>(18)</sup> Para una excelente revisión bibliográfica de esta línea de investigación, Véase Will, “Rational Rebels: Overcoming the Free-rider Problem”, *Political Research Quarterly*, Vol. 42, No. 1.

manera más simple posible<sup>19</sup>. Doble error. Por una parte, entre más serio y vital sea el tema, más se requiere una buena y fuerte teoría. Por la otra, una correlación estadística no es una correlación causal; todo ejercicio estadístico en ciencias sociales necesita un aparato conceptual que lo sostenga y valide. Si no fuera así, se podrían plantear las nociones más bizarras, y después defenderlas cuantitativamente.

Me parece que la intención es presentarse como el partido de los objetivos contra el partido de los subjetivos, de aquellos que se quedan en la interpretación "solamente verbal", según la divertida expresión de Santiago Montenegro en un artículo periodístico. Pero, como ya lo advirtiera Keynes (1942:383) en una reflexión citada hasta la saciedad, los "hombres prácticos" que pretenden emanciparse de todos los sesgos terminan presos de las versiones más estrechas y *naïf* de una u otra teoría. La construcción de un modelo por supuesto que pasa por la subjetividad, por la escogencia entre diversas alternativas teóricas, etc.; esto, ni qué decir tiene, está a kilómetros de distancia de la aceptación de que "todo vale" porque es una construcción social, o de la santificación de la confusión mental como *alibi* para evadir las dificultades de la reflexión metódica. En la otra dirección, y parafraseando el conocido aforismo teológico, un poco de formalismo aleja de la literatura y la historia pero mucho acerca a ellas. De hecho, una y otra —a través de estudios de caso, situaciones básicas, conceptos— alimentan permanentemente lo mejor de los estudios formales y cuantitativos en ciencias sociales.

Varios de estos trabajos tienen problemas básicos adicionales, que he tra-

tado en otra parte; aquí me he detenido en tendencias generales. Ahora bien, hay otros errores no tan groseros, pero igualmente sustanciales, que sin duda revisten mayor interés. Los agrupo en tres categorías:

a) La falta de una perspectiva comparada. De todos los textos relacionados de una u otra manera con la falsificación de RDV, entiendo que el único que compara es el de Londoño (1996), aunque su base de datos está expuesta a reparos fundamentales<sup>20</sup>. ¿Cuáles son las ventajas de la perspectiva comparada? Entre otras cosas, como nos lo recuerda Schock (1996:110), "permite examinar una gran cantidad de países que han experimentado diferentes niveles de conflicto político. Examinar un número grande de países permite a su vez explicitar patrones generales que quizás no se revelen cuando se tiene en consideración sólo unos pocos casos". Ahora bien, la violencia política no es un problema exclusivamente colombiano, como lo pone de presente la lectura cotidiana de la prensa, así que parece necesario entender los "patrones generales" para ver tanto qué compartimos con ellos como cuáles son nuestras especificidades.

b) El cambio de la unidad de análisis, relacionado con el punto anterior. Como dije al principio, la unidad de análisis de los mejores estudios cuantitativos<sup>21</sup> es la nación. Una sencilla analogía seguramente ayude a explicar por qué ha sido así. Supóngase que estamos comparando sistemas políticos divididos en dos categorías (desarrollados y subdesarrollados), para ver si el grado de desarrollo tiene impacto sobre la calidad de la democracia. Una pregunta central es si *los países* más avanzados tienden o no a ser más estables, abiertos, etc. Aquí se relacionan indicadores agregados (PIB per cápita, por ejemplo) con el compor-

<sup>(19)</sup> Véase también Montenegro y Posada, "Criminalidad en Colombia", en *Coyuntura Económica*, Vol. 25 No. 1, que a propósito incurre en una grosera subestimación del homicidio político, convirtiéndolo así en un "no-problema".

<sup>(20)</sup> Comprende sólo países de América Latina, en los que los niveles de desigualdad son altos. El excluir de su ejercicio a los países con bajos niveles de desigualdad simplemente invalida su ejercicio. También Londoño aparentemente ignora lo que se ha escrito antes sobre el tema, pues ni lo cita ni lo tiene en cuenta.

<sup>(21)</sup> En realidad, de casi todos aquellos que aparecen en revistas serias, aunque con algunas excepciones, derivadas del hecho de que el sur de los Estados Unidos constituye (relativamente) una unidad separada, autocontenida y con problemas específicos, un poco (sólo un poco) como el *Mezzogiorno* italiano: más homicidios, más inequidad y conflictos étnicos, etc.

tamiento global del sistema político. Pero nótese que cada país tiene una gran variabilidad interna; hay municipios muy deprimidos en Estados Unidos o Italia, verbigracia, pese a ser naciones del Primer Mundo. Se podría analizar qué influencia tienen tales variaciones municipales sobre el comportamiento de los partidos o la naturaleza de las preferencias políticas, por ejemplo, pero no sobre el “sistema”: no hay tal cosa como “sistema político municipal”, relativamente autocontenido, autónomo y diferenciado. No estoy sugiriendo que la pregunta sobre la variabilidad subnacional sea inofensiva o poco interesante; puede arrojar mucho. Lo único que estoy diciendo es que es diferente. Refutar la idea de que en los municipios más deprimidos hay más asonadas ni contradice ni reafirma la hipótesis de que los países más desarrollados tienden a ser más estables.

Esto es precisamente lo que pasa con RDV. Con gran entusiasmo se ha intentado demostrar –como se verá, tampoco aquí el resultado es concluyente– que a nivel municipal no hay correlación entre pobreza, o desigualdad, y violencia. *¡Pero esto no dice absolutamente nada sobre RDV!*

El cuadro 1 muestra cuatro posibles niveles de análisis en los cuales se pueden enunciar preguntas sobre las relaciones inequidad y violencia. La idea del cuadro es hacer énfasis en que la tesis bajo consideración cambia a medida que nos desplazamos de una unidad a otra. También cambian los fenómenos considerados. Si paso de T1 a T2, estoy “perdiendo” el papel de la desigualdad entre países como posible generador de violencia y me quedo sólo con la desigualdad intranacional; si voy de T2 a T3, pierdo el papel de la desigualdad entre los municipios, la noción de sistema, etc. He incluido T4 un poco como juego de reducción al absurdo para ilustrar qué sucede cuando no hay claridad sobre la unidad de análisis. Se podría tratar de crear un índice de las diferencias de ingresos intrafamiliares (entre padres e hijos, hermanos y hermanas, etc.). Después, correlacionar ese índice con vio-

lencia homicida (quizás a través de un sondeo de opinión) y concluir que RDV es falsa. Muy pocos considerarían esto como un ejercicio serio, pese a que en muchos sentidos el individuo y la familia son unidades de análisis más sensatas que el municipio.

c) Los trabajos internacionales a favor o en contra de RDV no usan series de tiempo, aunque sí en ocasiones dos o más periodos. De manera característica, RDV no establece que la violencia política covaría con la desigualdad; postula efectos de umbral. Hay dos razones para que ello sea así. Primero, la desigualdad evoluciona muy lenta y gradualmente –un economista encontró una feliz metáfora: “estudiar los cambios en los índices de desigualdad es como sentarse a mirar crecer el pasto”– mientras que la violencia lo hace abruptamente y a saltos<sup>22</sup>. Segundo, y principal, no estamos frente a un continuo, sino frente a categorías discretas. Muchos países europeos, por ejemplo, tienen hoy un buen margen de latitud para empeorar sus índices de equidad sin que esto se refleje en la vida política. En los países subdesarrollados, a la inversa, pequeñas mejoras o “movimientos de la aguja” no tienen incidencia. Las diferencias entre uno y otro enfoque se resumen en el cuadro 2.

### Otras preguntas

¿Qué podemos recoger de los trabajos que intentan falsificar RDV? Tienden a demostrar dos tesis: a) que no hay una correlación entre variables socioeconómicas municipales y violencia; y b) que la violencia colombiana no es una función lineal de la pobreza o de la desigualdad. Creo que una y otra nos dicen cosas importantes, que hay que saber interpretar.

La primera podría estar relacionada con las bases sociales tanto de la rebelión como de la contrainsurgencia, aunque la condición es que se logre separar homicidios políticos de otros. Recuérdese que allí donde un solo actor armado establece sus dominios puede prevalecer durante un

<sup>(22)</sup> Se puede, claro, sacar el logaritmo de las cifras de homicidios y suavizar la curva de distintas maneras. Pero esto no soluciona los problemas, y no está exento de dificultades técnicas específicas.



Cuadro 1

Tesis	Afirmación correspondiente	Unidad de análisis	Metodología
T1. La inequidad mundial causa violencia (política)	Entre más inequitativo sea el mundo, tenderá a ser más violento	Mundo	Series de tiempo
T2 (RDV). La inequidad nacional causa violencia (política)	Tendencialmente, podemos diferenciar a los países en grupos según sus niveles de inequidad y violencia	País	Comparación entre países
T3. La inequidad municipal causa violencia (política)	Tendencialmente, podemos diferenciar a los municipios en grupos según sus niveles de inequidad y violencia	Municipio	Comparación entre municipios
T4. La inequidad familiar causa violencia (política)	Tendencialmente, podemos diferenciar a los hogares en grupos según sus niveles de inequidad y violencia	Familia	Comparación entre hogares

Cuadro 2

Hipótesis	Método	Imagen básica
H1. La violencia covaría con la desigualdad	Series de tiempo <sup>23</sup>	"Continuo"
H2. Podemos distinguir entre grupos de países según umbrales de desigualdad y de violencia	Análisis multivariado sobre bases de datos de muchos países (en uno o más periodos)	"Saltos", efectos de umbral

<sup>(23)</sup> En realidad lo que hicieron Montenegro y Posada y Gaitán fue una regresión lineal sobre una serie temporal, que es algo distinto, y en realidad un poco peor, a un análisis de series de tiempo o a una regresión tipo panel. No trataré el tema aquí.

largo periodo un orden social antidemocrático en el que disminuyen los delitos. Por tanto, también es necesario acudir a otros índices, como ya se ha hecho: ataques guerrilleros, masacres, etc. ¿Quiénes participan en la guerra? ¿Cuál es la distribución regional de los actores armados por variables socioeconómicas? Esto ha comenzado a ser investigado, por Echandía (por ejemplo, 1999), con resultados interesantes. La guerrilla colombiana –al igual que tantos otros señores de la guerra en el mundo contemporáneo– tiende a ubicarse allí donde encuentra recursos ilegales de rápida y fácil explotación que le permitan financiar una guerra prolongada y costosa. Este acto de voluntad está superpuesto a los procesos sociales espontáneos, y uno y otros pueden actuar en direcciones distintas. Tal intuición se ve reforzada por la interesante tesis de grado de María Alejandra Vélez, que usa índices de presencia guerrillera. María Alejandra resume sus resultados con respecto de las FARC de la siguiente manera:

Se comprueba que si bien los recursos económicos son muy importantes y definitivos a la hora de explicar la presencia guerrillera a nivel municipal, debido a la necesidad de financiar la guerra, el nivel de pobreza de la población al tener en cuenta todos los municipios donde actualmente las FARC hace presencia sigue siendo muy relevante para explicar la presencia guerrillera. Así, para las FARC la probabilidad de hacer presencia aumenta en 154,7% si este municipio tiene cultivos ilícitos (coca y amapola), en 292,9% si es un municipio petrolero, y en 120,3% si es un municipio con explotaciones de oro. Sin embargo, esta probabilidad aumenta también en 240,15% si aumenta la población en miseria de un municipio (Vélez, 1999:49).

Parece ser que la guerrilla apareció en regiones en las cuales había una deprivación extrema, y más o menos simul-

táneamente con el auge coquero y minero del país se fue desplazando hacia las zonas ricas. Aún hoy subsistiría una coexistencia de las dos dinámicas. Hasta donde sé, un análisis semejante no ha sido intentado para el fenómeno paramilitar.

¿Es la desigualdad irrelevante en este análisis? No, incluso si se tiene en cuenta *toda* la violencia homicida. Un estudio de Sarmiento y Becerra (1998) muestra que el problema tiene más aristas de las que uno pensaría. Sarmiento utilizó como variables la riqueza (medida a través de un índice de condiciones de vida)<sup>24</sup>, el coeficiente Gini (como medida de la distribución de la riqueza), y la escolaridad. Sus conclusiones son básicamente las siguientes: 1. Parece existir una asociación entre los municipios con violencia creciente y mejores niveles de vida. 2. La tasa de homicidios no está asociada positivamente a niveles mayores de pobreza; por el contrario se encuentra una correlación positiva entre el índice de homicidios y la riqueza. 3. La desigualdad está correlacionada positivamente con la violencia<sup>25</sup>. Además, ésta parece producir un mayor impacto en los municipios de violencia creciente. 4. La relación entre violencia y capital humano (medido como los años de educación promedio de las personas del hogar) es inversa. 5. En aquellos municipios donde la participación ciudadana (medida por medio del porcentaje de votantes sobre la población en capacidad de votar) es más intensa, hay mayores niveles de violencia. Sarmiento colige que ahí donde hay disputas por rentas significativas, bajos niveles educativos y alta desigualdad, hay más violencia.

El segundo enunciado nos recuerda que la guerra tiene dinámicas autónomas, aunque eso estaba ya muy bien dicho en algunos de los títulos clásicos

<sup>(24)</sup> Este índice toma en cuenta las desigualdades en doce variables agrupadas en cuatro factores: el acceso y disfrute de bienes físicos, el acceso y disfrute de capital humano, el acceso a servicios públicos domiciliarios y la composición de la familia.

<sup>(25)</sup> Esto coincide básicamente con los resultados de Blau y Blau, "The Cost of Inequality. Metropolitan Structure and Violent Crime," en *American Sociological Review*, Vol. 47, No. 3, para el caso norteamericano.

de nuestra sociología de la violencia. Como ya se vio, el hecho de que dentro de un país, Colombia por ejemplo, las tasas de homicidios no covaríen con alguna medida de pobreza o inequidad, no dice mayor cosa sobre RDV. Pero no basta con esta constatación. Es menester abrir la “caja negra” de tales dinámicas autónomas, ver en qué consisten. En particular, parece decisivo saber por qué en un país en el que hay instituciones y tradiciones democráticas perfectamente reales y duraderas, tenemos a la vez altos índices de inequidad y guerra. Montenegro y Posada, Rubio y Gaitán y otros han ofrecido una respuesta, la ineficiencia de la justicia, que es todavía preliminar. Tal vez no funcione mucho para la explicación de la violencia política, porque los delincuentes políticos pertenecen generalmente a organizaciones muy grandes que los ponen a cubierto de la ley. Y en cuanto a la delincuencia común, según lo señalé en un acápite anterior, habría que saber por qué agentes racionales cometen homicidios ahí donde se les presenta la oportunidad. No sé si sea posible establecer la correlación entre delitos contra la vida y delitos contra la propiedad; si fuera positiva y significativa, eso llenaría en buena parte el bache explicativo (los agentes racionales matan para robar, porque saben que la probabilidad de castigo es muy escasa).

Así, pues, los estudios cuantitativos asociados al nuevo consenso conducen a preguntas muy interesantes, un poco como el burgués gentilhomme de Molière, que escribía prosa sin saberlo. Hay que explicitar tales preguntas, refinar el instrumentario para responderlas y dejar de tratar de inventar la rueda.

#### **Consecuencias para las políticas públicas**

Ahora bien, RDV puede ir asociada a varias teorías y visiones de mundo. No

necesariamente significa justificar la rebelión. Tampoco permite pasar por encima de los factores políticos. Como se vio en los acápites anteriores, RDV plantea en realidad dos líneas de causalidad encadenadas según la siguiente línea de inferencia (de a) a b) y de b) a c)), con algunos otros pasos intermedios dependiendo del autor:

a) Inequidad → b) Régimen político inestable → c) Violencia

Es perfectamente posible que haya mejoras sustanciales en a), pero que el régimen siga dando tumbos durante un largo periodo, generando violencia. Y ésta, a su vez, tiene sus propias lógicas relativamente autónomas, entre otras quizás la de generar desigualdad. Tal idea está implícita en algunos de los textos ya revisados, pero también se ha explicado minuciosamente en esa sociología política de los ochenta y principios de los noventa que vale la pena releer: deudas de sangre, expropiaciones, odios partidistas y territoriales, desplazamientos, destrucción de familias<sup>26</sup>. Finalmente, puede ser el caso que la desigualdad desestabilice al régimen, pero que la rebelión no encarne los motivos genuinos de protesta ni sea un demiurgo histórico liberador. No sólo Colombia, sino muchos casos de la historia reciente de África, América Latina y Asia así lo confirman.

RDV, pues, no tiene una traducción política directa, por ejemplo en términos de simpatías o antipatías con respecto de un actor armado o de las ventajas o desventajas de continuar este o aquel proceso. ¿Es entonces muda e irrelevante? ¿Nos dice algo en realidad sobre nuestro propio conflicto? ¿Y en ese caso, qué?

Pienso que básicamente dos cosas: una conjetura para el corto o mediano plazo y una certeza para el largo plazo. Las examino en este orden. La conjetura es que “hacer reformas igualitarias a tiempo es baratísimo”, es decir, que los impactos de

<sup>(26)</sup> De hecho, la destrucción de las familias podría ser una importante vía indirecta a través de la cual la inequidad genera violencia, como se intenta demostrar en Shihadeh y Steffensmeier “Economic Inequality: Family Disruption, Urban Black Violence: Cities and Units of Stratification and Social Control”, en *Social Forces*, Vol. 73 No. 2.



una reforma igualitaria en términos de violencia política son fuertes. Según Booth (1991:61), por ejemplo,

es chocante la modestia de las medidas redistributivas y las reformas que compraron la estabilidad en Costa Rica y Honduras en la mitad de la década de los ochenta. Ninguno de los dos gobiernos llevó a cabo una cirugía redistributiva radical, pero cada uno sí trasladó pequeñas cantidades de riqueza hacia los pobres y se empeñó en una recuperación de los salarios de la clase obrera. Ambos gobiernos se autolimitaron para no reprimir brutalmente a sus oponentes y a los agraviados, aunque esa restricción fue solamente relativa en el caso de Honduras, cuyos niveles de represión fueron bajos sólo en comparación con los espantosos estándares de las naciones vecinas.

El texto de Booth es extremadamente interesante, y se podría presentar evidencia adicional a su favor<sup>27</sup>, aunque sufre de la maldición típica de los estudios cualitativos comparados: muchas variables y pocos casos. Sin embargo, sus conclusiones, sin ser definitivas, resultan sugerentes.

La certidumbre es que sin una reforma igualitaria que sienta las "bases materiales del consenso", según la expresión de Przeworski, la sostenibilidad democrática a la larga es altamente improbable. Basta echar una mirada a nuestro alrededor (por ejemplo, el área andina) para encontrar ejemplos que ilustran esta conclusión a la que se ha llegado después de décadas de estudios y de refinamientos del aparato conceptual y estadístico. Formas extremas de desigualdad desestabilizan la democracia, y tanto la inestabilidad como la carencia de democracia producen muertos. En otra dirección, las reformas igualitarias son también una oportunidad para el desarrollo, como en nuestro medio lo ha reiterado correctamente Rudolf Hommes, y una vez más desarrollo y vida democrática sana están altamente correlacionados. La demanda por una socie-

dad mucho más equitativa no es una concesión a la guerrilla, sino un acto de responsabilidad con las generaciones presente y futuras.

## CONCLUSIONES

Un contra-argumento a la aplicación de RDV para el caso colombiano que se escucha incluso entre personas con alguna preparación formal, es que hay otros países con mayor inequidad y menor violencia. El enunciado tiene un aspecto erróneo y otro legítimo. El error consiste en suponer implícitamente que RDV plantea una función "monótona creciente": a más desigualdad, mayor violencia política. Por supuesto que no. RDV establece una tendencia, una proclividad, si se quiere. Es decir, si tomamos muchos países, tendremos a encontrar más violencia entre los más desiguales. Entre más casos tomemos, más clara se hará la correlación. La analogía con los proverbiales lanzamientos de la moneda se sugiere sola. Si usamos una moneda "correcta", entre más lanzamientos, más tenderán los resultados a dividirse en dos mitades, una de cruces y otra de caras. Eso no obsta para que puedan producirse ristas de 20 cruces seguidas, y sólo alguien muy inocente podría alegar que alguna de esas ristas pone en cuestión las leyes de la probabilidad. Adicionalmente, hay efectos de umbral. Variaciones dentro de una misma categoría no necesariamente tienen impacto.

El acierto consiste en señalar que es necesario ofrecer causas adicionales para entender específicamente qué sucede en Colombia, pues aunque muchos países subdesarrollados e inequitativos viven guerras y explosiones sociales, pocos están expuestos a una sangría como la nuestra. Esto es, no se puede entender la violencia política colombiana sin saber que el nuestro es un país con mucha inequidad, aunque ésta no explique los niveles y las modalidades que aquella ha adquirido en nues-

<sup>(27)</sup> Cualquiera que conozca con algún detalle el caso costarricense no puede dejar de conjeturar que el paquete de reformas introducido después de la guerra de 1948 tiene mucho que ver con la estabilidad de ese país.

tro caso. La conclusión nos retrotrae obligatoriamente a la explicación multicausal, de la que con tanto ahínco querían huir Montenegro y Posada.

Afortunadamente, no es necesario ir muy lejos para encontrar buenas hipótesis que solucionen el problema. Aún más, aventuraría que *en conjunto*, las siguientes tres condiciones deberían poder contestarnos por qué en Colombia hay niveles tan altos de violencia política:

a) RDV<sup>28</sup>.

b) Narcotráfico. Mientras que en la mayoría de los países latinoamericanos el tránsito de la década de los ochenta a la de los noventa significó el fin de la guerra fría, para nosotros y otros pocos implicó el involucramiento en otra guerra internacional, que además en nuestro caso mantuvo viva la anterior. El narcotráfico alimentó y envenenó el viejo conflicto gobierno-guerrilla, y la existencia de una guerra civil es el mejor predictor para un país de la ocurrencia de politocidios y genocidios.

c) Carácter semi-represivo del régimen. En Colombia, la democracia no es ficticia, pero convive con una permanente exclusión de la oposición, la crítica y la movilización social (y también, en las décadas de los sesenta y setenta, con severas restricciones institucionales). Un buen indicador es que en el país ha habido regularmente elecciones competitivas, pero a la vez el solo espectro de la alternación en el poder (de conservador a liberal antes del Frente Nacional, y de bipartidista a otro después de 1958), da origen a una cantidad enorme de traumatismos. Somos un típico régimen semi-represivo (y esto se ha yuxtapuesto a otra característica agravante: la debilidad del Estado<sup>29</sup>). En casi todos los demás países de América Latina ha habido una oscilación entre dictaduras y

democracias algo más alternantes y flexibles ante la oposición. Como explica la investigación comparada, hay una relación de "U" invertida entre represividad y nivel de violencia, alcanzando el punto máximo en los países semi-represivos. Ahí estamos nosotros<sup>30</sup>.

El lector verá, siguiendo la gráfica 1, que con respecto a los anteriores tres factores, Colombia está en el área de máximo peligro; en América Latina quizás no haya otro caso. En términos de desigualdad (véase por ejemplo la gráfica 2), semi-represividad y narcotráfico, Colombia ha aparecido consistentemente en el "piso superior" en los últimos veinte años. Esto no equivale a una condena, pero sí a una alta probabilidad de caer en un ciclo violento. Ya que las metáforas médicas son tan populares –y tan peligrosas–, aventuraría una. Tener inequidad, semi-represividad y narcotráfico es respecto a la violencia política como ser fumador, sedentario y consumidor de grasas saturadas respecto del infarto. No *necesariamente* te va a dar uno, pero si te da, nadie se va a extrañar. Si queremos paz en serio –es decir, si se piensa actuar sobre las variables decisivas relacionadas con la sostenibilidad democrática en el largo plazo–, habrá que actuar sobre la inequidad, el problema del narcotráfico y el carácter del régimen. No es fácil acopiar los recursos y la voluntad políticos para hacerlo, pero no veo otra salida. La proclamada reforma a la justicia para hacerla más eficiente, en la que parecerían concordar muchos de los trabajos aquí reseñados, puede ser necesaria pero no es suficiente. Como en nuestro país el Estado de Derecho es precario, la justicia no sólo es lenta sino también arbitraria y sesgada; su mejora depende (directamente) de cambios en el régimen político y (de manera indirecta) de la re-

(28) Otra variable socioeconómica fundamental es nivel de desarrollo, pero no he tenido ocasión de tratarla aquí.

(29) Y por tanto, en ocasiones el régimen es semi-represivo simplemente porque quiere, aunque no puede, ser más participativo; o porque quiere, o no puede, ser más represivo.

(30) Se podría poner el reparo de que la Constitución de 1991 significó una apertura significativa del régimen. De acuerdo. Pero muchas restricciones formales del Frente Nacional fueron remplazadas por restricciones informales, como el homicidio (consúltense, por ejemplo, las cifras de asesinato de sindicalistas).

distribución de activos. Para seguir, indebidamente, con la tónica médica: debido a que los aparatos de justicia y seguridad son en nuestro contexto par-

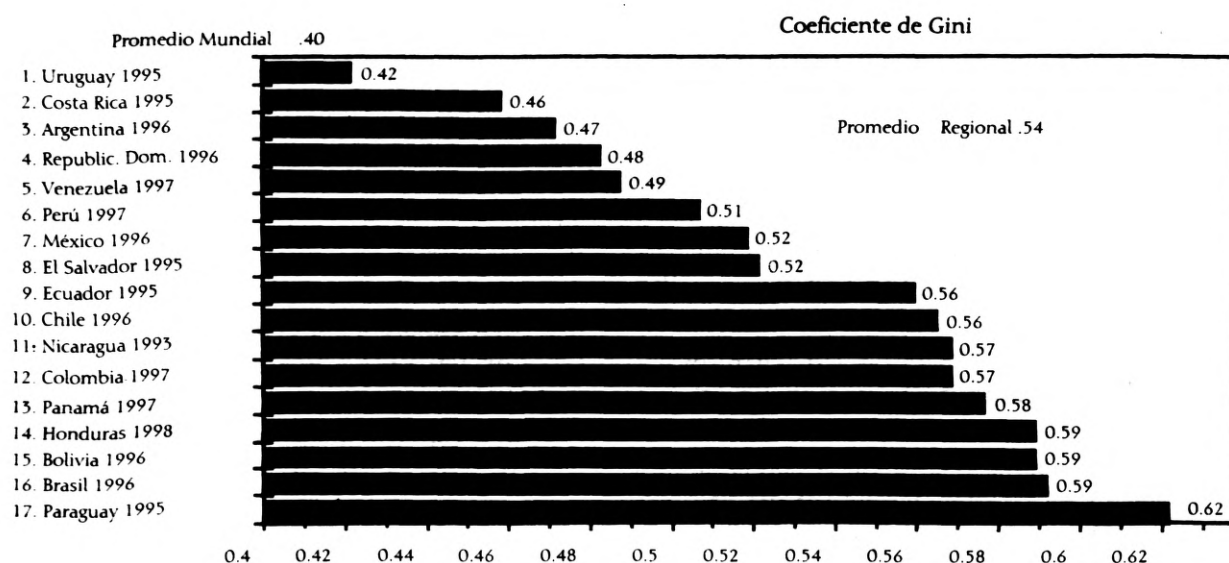
te del conflicto, proclamar que hacerles una reingeniería es *la* solución (de un problema unicausal) equivale a ofrecerle una aspirina a un enfermo de cáncer.

GRAFICA 1



GRAFICA 2

Todos los países de América Latina presentan niveles muy elevados de desigualdad, pero hay diferencias importantes





## REFERENCIAS

Bates, Robert, Avner Greif, Margaret Levi, Jean Laurent Rosenthal y Barry Weingast, *Analytic Narratives*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1998.

Becker, Gary, "Nobel Lecture: The Economic Way of Looking at Behavior", en *The Journal of Political Economy*, Vol. 101, No. 3, junio de 1993, pp. 385-409.

Bejarano, Ana María, "La violencia regional y sus protagonistas: el caso de Urabá", en *Análisis Político*, No. 4 mayo a agosto de 1988, pp. 43-54.

Blau, Judith y Peter, Blau, "The Cost of Inequality. Metropolitan Structure and Violent Crime", en *American Sociological Review*, Vol. 47, No. 3, 1992, pp. 117-120.

Blossfeld, Hans Peter y Gerald Prein [eds.], "Rational Choice Theory and Large-scale Data Analysis", Westview Press-Social Inequality Series, Boulder, Colorado, 1998.

Booth, John, "Socioeconomic and Political Roots of National Revolts in Central America", en *Latin America Research*, Vol. 26, No. 1 pp. 33-73, 1991.

Brockett, Charles, "Measuring Political Violence and Land Inequality in Central America", en *American Political Science Review*, mar., Vol. 86, No. 1, pp. 169-176, 1992.

Dixon, William, Edward Muller y Mitchell Seligson, "Response", en *American Political Science Review*, dec., Vol. 87 No. 4, pp. 983-993, 1993.

Downs, Anthony, *An Economic Theory of Democracy*, Harper Collins, New York, 1957.

Dudley, Ryan y Ross Miller, "Group Rebellion in the 1980s" en *Journal of Conflict Resolution*, feb., Vol. 42, No. 1 pp. 77-96, 1998.

Echandía, Camilo, *El conflicto armado y las manifestaciones de violencia en las regiones de Colombia*, Presidencia de la República-Oficina del Alto Comisionado para la Paz, Bogotá, 1999.

Gaitán, Fernando, "Una indagación sobre las causas de la violencia en Colombia", en Malcolm Deas y Fernando Gaitán, *Dos ensayos especulativos sobre la violencia en Colombia*, Fonade-Departamento Nacional de Planeación, Bogotá, 1995.

Gutiérrez, Francisco, "Siete prototipos sobre el futuro de la violencia" en

Hernando Gómez Buendía (compilador), *¿Para dónde va Colombia?*, Tercer Mundo-Colciencias, Bogotá, pp. 170-175, 1999.

Hirschman, Albert, *The Passions and the Interests. Political Arguments for Capitalism before its Triumph*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1977.

\_\_\_\_\_, "Crimen e impunidad. Precisiones sobre la violencia", en *Revista de Estudios Sociales*, No. 3, junio de 1999, pp. 133-136.

Keynes, J. M., *General Theory of Employment, Interest and Money*, MacMillan, 1942.

King, Gary, *Unifying Political Methodology. The Likelihood Theory of Statistical Inference*, The University of Michigan Press, Ann Arbor, 1998.

Krain, Matthew, "Contemporary Democracies revisited. Democracy, Political Violence and Event Count Models", en *Comparative Political Studies*, abr., Vol. 31, No. 2, pp. 139-164, 1998.

\_\_\_\_\_, "State Sponsored Mass Murder. The Onset of Genocides and Politicides", en *Journal of Conflict Resolution*, junio de 1997 Vol. 41, No. 3, pp. 331-360.

Lichbach, Mark Irving, "An Evaluation of does Economic Inequality Breed Political Conflict Studies?", en *World Politics*, julio de 1989, Vol. 41, pp. 431-470.

London, Bruce y Thomas Robinson, "The Effect of International Dependence on Income Inequality and Political Violence", en *American Sociological Review*, Vol. 54, abril de 1989, pp. 305-308 [307].

Londoño, Juan Luis, "Violencia, psichis y capital social. Notas sobre América Latina y Colombia", Documento de discusión/ 2. Conferencia Latinoamericana sobre Desarrollo, Banco Mundial-Uniandes, 1996.

Martínez, Astrid [ed.], *Economía, crimen y conflicto*, BSCH, U. de Alcalá, Universidad Nacional de Colombia Bogotá, 2001.

McAdam Doug, Sidney Tarrow y Charles Tilly, *Dynamics of Contentions*, Cambridge University Press, 2000.

Midlarsky, Manus, "Rejoinder", en *American Political Science Review*, Vol. 83, No. 2, junio de 1989, pp. 577-586.

Montenegro, Armando y Carlos Posada, "Criminalidad en Colombia", en *Coyuntura Económica*, Vol. 25, No. 1, marzo de 1995, pp. 82-99.

\_\_\_\_\_, "Criminalidad en Colombia", en *Borradores Semanales de Economía*, No. 4, Banco de la República, 1994.

Muller, Edward, "Income Inequality and Democratization: Reply to Bollen and Jackman", en *American Sociological Review*, diciembre de 1995, Vol. 60, pp. 990-996.

\_\_\_\_\_, Mitchell Seligson y Hung-derFu, "Land Inequality and Political Violence", en *American Political Science Review*, Vol. 83, No. 2, junio de 1989, pp. 577-586.

Pécaut, Daniel, "La contribución del IEPRI a los estudios sobre la violencia en Colombia", en *Análisis Político*, No. 34, mayo/agosto de 1998, pp. 71-88.

\_\_\_\_\_, *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*, Cerec, Bogotá, 1987.

Pizarro, Eduardo, "Elementos para una sociología de la guerrilla en Colombia", en *Análisis Político*, No. 12, enero-abril de 1991, pp. 7-22.

\_\_\_\_\_, "Los orígenes del movimiento armado comunista en Colombia (1949-1966)", en *Análisis Político*, No. 7, mayo-agosto de 1989, pp. 7-32.

Powell G., Bingham, *Contemporary Democracies. Participation, Stability and Violence*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts and London, 1982.

Ramírez, William, *Estado, violencia y democracia*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1990.

Sánchez, Gonzalo, con la colaboración de Donny Meertens, "Tierra y violencia. El desarrollo desigual de las regiones", en *Análisis Político*, No. 6, enero-abril de 1989, pp. 8-34.

Sarmiento, Alfredo y Lida Marina Berra, *Análisis de las relaciones entre violencia y equidad*. Departamento Nacional de Planeación, Santafé de Bogotá, policopiado, 1998.

Schock, Kurt, "A Conjunctural Model of Political Conflict", en *Journal of Conflict Resolution*, marzo de 1996, Vol. 40 No. 1, pp. 98-133.

Sheanan, John, "The Elusive Balance between Stimulation and Constraint in Analysis Development", en Alejandro Foxley, Michael McPherson y Guillermo O'Donnell, *Development, Democracy and the Art of Trespassing*, University of Notre Dame Press, Notre Dame, Indiana, pp. 169-191.

Shihadeh, Edward y Darrell Steffensmeier "Economic Inequality: Family Disruption, Urban Black Violence: Cities as Units of Stratification and Social Control", en *Social Forces*, Vol. 73, No. 2, diciembre de 1994, pp. 729-751.

Vélez María, Alejandra, "FARC-ELN. Evolución y expansión territorial", Tesis de grado de la Facultad de Economía de la Universidad de los Andes, dirigida por Camilo Echandía, Bogotá, 1999.

Weede, Erich y Edward Muller, "Consequences of Revolutions", en *Rationality and Society*, Vol. 9 No. 3, agosto de 1997, pp. 327-350.

Will Moore, "Rational Rebels: Overcoming the Free-rider Problem", en *Political Research Quarterly*, junio de 1996, Vol. 42, No. 1 pp. 417-454.